



Los ladrilleros, los perros y nosotros a la vera de un camino arrasado

Selva Almada (2013): *Ladrilleros*. Buenos Aires, Editorial Mar Dulce, pp. 232.

Andrea Iriart*

En los parques de diversiones de los pueblos del interior, hay varios juegos que destacan la habilidad que tienen los participantes para tumbar, derrumbar, eliminar objetos en diferentes *stands*. Un parque de diversiones es un escenario para las emociones fuertes: jugar, amar, morir.

La novela *Ladrilleros*, de Selva Almada comienza así: “La vuelta al mundo quedó vacía, sin embargo las sillas siguen balanceándose despacito. Será el aire del amanecer” (2013: 9). El Pájaro Tamai y Marciano Miranda, hijos de dos familias de ladrilleros, están muriéndose tendidos en el piso de un parque de diversiones. Asistimos a una escena de muerte desde el principio. Entre alucinaciones y desvanecimientos comienza la hilaridad de la trama, una compleja combinación de diferentes planos que van y vienen en el tiempo. Elvio Miranda es el padre de Marciano, ha sido asesinado hace unos años y acude desde la muerte para asistirlo:

El padre todavía lleva puesto en el cuello el pañuelo de seda con que lo enterraron. Se desanuda el pañuelo y lo usa para limpiar el barro del rostro de su hijo. Marciano siente, ahora, las mejillas frescas, los ojos limpios. Puede mirar por primera vez la herida en la garganta. Es tal como se la había imaginado: ancha, de lado a lado, un costurón mal zurcido por los empleados de la funeraria. Como otra boca más grande y risueña (2013:35).

Oscar Tamai, el padre de Pajarito Tamai que se ha ido de sus vidas pero de otro modo, también acude a esa escena final, para alentar a su hijo en los estertores de muerte: “Vamos, Pájaro, vamos, acordate de algo. Del padre no hubiese querido sin embargo el muy hijo de puta se le aparece. No importa, chango, no importa, vos seguí” (2013: 53).

* Andrea Iriart. Lectora. Coordina junto a Gabriela Pesclevi, desde hace 15 años, el taller de literatura para adultos “El paisaje nos devora”, del Grupo La Grieta. Escenógrafa, trabaja como docente en escuelas primarias y coordina talleres de artes visuales para niños.

iriarturruty@yahoo.com.ar

El tema central de la novela es la disputa de estas dos familias y la adversidad que tiñe toda relación en torno a ellas. El lugar, un pueblo en el Chaco donde la rabia se ha propagado inoculando su cepa. Pareciera todo infectado de rabia. Los hijos, víctimas y portadores de esa rabia, casi responden con reflejos condicionados a la herencia sanguínea. Tanto Oscar Tamai como Elvio Miranda eran galgueros, criaban perros galgos para hacerlos competir en las carreras o simplemente jugaban apuestas en ellas. Esa relación con el mundo animal, esa proximidad con lo salvaje ha instalado en los tratos humanos ciertas expresiones o comparaciones de igualdad que van a signar todo el texto, así podemos leer:

Marciano se miró en el espejo del ropero y en la luna lo vio al hermano, Angelito, echado sobre la cama como un gato fino, en slip, abanicándose con una revista...Ya se iba a encargar de sacarle las mañas al Ángel. Capaz que esa misma noche si la suerte lo acompañaba. Muerto el perro se acabó la rabia, y él sabe bien que el Pájaro Tamai es el perro que lo tiene envenenado a su hermano (2013: 12).

O cuando Miranda va a conocer a su hijo recién nacido: “ –Parece un carayá, mirá todo el pelo que tiene” (2013: 38). O “solo había lugar para ese puñadito de carne que agitaba los bracitos y las piernas como si aleteara, igual que un pajarito” (2013: 43). O “La muy yegua de Celina lo había hecho entrar como un caballo” (2013: 57).

Los Miranda ya venían ladrilleros de familia. Elvio Miranda estaba casado con Estela, y tenían cuatro hijos. Estela, la reina del pueblo, una muchacha sin familia que años atrás fue pretendida por Rebolledo, el oficial de policía, ha quedado viuda, pues han asesinado a su marido. Todas las sospechas por el asesinato de Elvio Miranda recaen en Oscar Tamai, debido a la enemistad que mantenían desde siempre. La familia de los Tamai, también ladrilleros, hizo de ese trabajo una forma de subsistencia a partir de la iniciativa de la mujer que buscaba asentamiento para su marido, un cosechero migrante que había llegado al pueblo sin pasado y sin lugar. Oscar Tamai, ladrillero y galguero, se ha casado con Celina, la hija del tabernero, con quien tiene varios hijos, y viven a cien metros de la ladrillera de los Miranda. En la vecindad se inicia la contienda que se perpetuará entre sus hijos.

Para un cuerpo herido tendido sobre el piso boca arriba, la visión del mundo se reduce, se reducen el tiempo y la posibilidad de acción, si ese cuerpo es pobre y está caído boca abajo sobre la humedad del mundo, ¿su mirada alcanzará a ver algo de lo que pudo haber amado y lo está matando? En el sur de los Estados Unidos escribe Carson McCullers: "El amante fuerza la relación con el amado, aunque esta experiencia no le cause más que dolor" (1951: 15). El amor en la novela de Selva Almada es una sucesión de estados desafortunados. Ángel Miranda mantiene una relación sexual con Pajarito Tamai, y este hecho será el desenlace de la tragedia en un escenario que ya tenía múltiples antesalas. Marciano

Miranda, hermano de Ángel, no acepta que a su hermano le gusten los hombres y, menos aún, que mantenga una relación con el histórico enemigo de la familia. Esa noche Marciano ha salido a matar, sin percibir que la muerte es traicionera.

Me vuelvo a referir a Carson McCullers porque encuentro una correlación temática entre las autoras: los flancos desdibujados del adulterio, el alcoholismo como artificio de la vida interior, el desapego como forma de querer, la disolución de las familias, la aridez de los vínculos, las contiendas a muerte, la música siempre presente, los caminos en los que se desplazan los deseos, los miedos, la vida misma.

Familias donde las mujeres sobreviven en una precaria economía doméstica. Son las mujeres las que quedarán cuando los hombres se hayan ido, las que continuarán cuando ya no estén sus maridos, sus hijos. Pueblo del interior donde los chicos corren de un lado a otro con recados de muerte, los perros andan entre ellos, los hombres juegan y beben. Estamos siempre y en cada caso ante familias pobres, recurrentes en la desolación y el dolor, inmersas en la incertidumbre laboral donde no se vislumbra ningún futuro, ni proyecto, ni casa, ni nada que se parezca a una construcción, aún siendo ellas quienes hacen ladrillos. Familias de dos generaciones, padres e hijos, apenas esbozados sus antecesores en una línea de tiempo discontinua y poco relevante.

El principio de la historia es el epílogo que vuelve sobre sí mismo como una fatal continuidad del destino de los protagonistas. La circularidad de la violencia no cesa y se expone cruda a lo largo de todo el texto. La carne se penetra salvajemente, se degüella, se perfora con tiros, se mezcla con veneno y deja marcado el cuerpo para siempre.

Se trata de una novela que, si bien enmarca dentro de un territorio toda su acción, está signada por los desplazamientos de sus personajes que están como de paso entre el lugar y los no lugares, entre la vida y la muerte, entre el amor y la bronca. La voz narrativa echa mano a la oralidad, las murmuraciones, los rumores y a las imágenes desfasadas que confluyen en un montaje único donde el lector no sale ileso. Nada está resuelto aún en el final, la circularidad nos dejará como testigos en una urdimbre hecha de sospechas y fuera de foco, tan fuera de foco que casi descuidamos a Rebolledo, el representante de la ley, antes presentado como quien debiera resolver el conflicto y, sin embargo, está riéndose, quizá, de la posibilidad que el infortunio le ofrece para acercarse nuevamente a Estela, ahora sola. Rebolledo fuma y pisa. “Rebolledo pasea una última vez la vista por el lugar. Los cuerpos de los changos ya no están, pero como si los viera. – ¡Qué desperdicio, mierda! –dice– y entierra la colilla de un pisotón” (2013: 232).

En enero viajando de Río Cuarto a Santa Rosa de Calamuchita, provincia de Córdoba, crucé varias postas ladrilleras a la vera de la ruta, el marco espacial era parecido al que propone Selva Almada en la novela. Me detuve a observar una fábrica de ladrillos. Había alrededor de una mesa hombres, jóvenes, mujeres y niños que miraban impasibles las botellas sobre la mesa. Sentados a la sombra de un corredor, el escenario era monocromático y seco, altas pilas de ladrillos en el patio tomaban formas de mastodontes en reposo, quizá era esto lo que miraban los ladrilleros, bestias que acechan. Puedo reconocer esa situación escénica, puedo trasladarla a un espacio próximo y ver que no es tan diferente a la ronda de chicos debajo de un árbol en Altos de San Lorenzo en la ciudad de La Plata, ni menos implacable es el sol negro en el cielo blanco de este mediodía.

Bibliografía

McCullers, Carson ([1951] 1984). *La Balada del café triste*. Barcelona, Seix Barral.